

ALFAGUARA


Richard Russo

El verano mágico
en Cape Cod

Traducción de Mariano Antolín Rato

Para Barbara, siempre

PARTE UNO

Cape Cod

(Primera boda)

1. Un sitio más agradable

Aunque el reloj digital de la mesilla de noche de su hotel marcaba las 5.17, Jack Griffin, de pronto completamente despierto, se dio cuenta de que no sería capaz de volver a dormirse. La noche anterior se había abandonado al sueño demasiado temprano. Acompañando al despertar vino una toma de conciencia desagradable: que lo que ayer no había querido admitir, ni siquiera para sí mismo, ahora, en la solitaria oscuridad previa al amanecer, resultaba totalmente claro. Debería haberse tragado su petulancia y esperar a Joy aquel día más.

Era un hábito establecido desde hacía tiempo huir del campus en cuanto Griffin daba su última clase. Por lo general, tomaban el Sendero de la Libertad (como él llamaba a la I-95), iban en coche a Nueva York y se daban el capricho de alojarse en un buen hotel. Durante la mañana él calificaba la pequeña montaña de trabajos de los estudiantes mientras Joy iba de compras o se divertía por su cuenta, y luego, por la tarde, se ponían al día de los estrenos de cine o iban a restaurantes. Todo aquello le recordaba los primeros años de su matrimonio allá en Los Ángeles. Les costaba casi una fortuna, pero había algo en lo de gastar un dinero que en realidad no tenían que le hacía sentirse optimista sobre que llegaría más —que era como habían funcionado las cosas en Los Ángeles—, así que se dedicaba a corregir los ejercicios.

Aquel año la boda de Kelsey en Cape Cod les había desbaratado por completo sus planes, haciendo irrealizable lo de Nueva York, aunque él había aceptado sustituirlo por Boston. Pero Joy, dando por supuesto que las

actividades habituales quedaban suprimidas a causa de la boda, lo complicó todo todavía más concertando citas para el día después de la última clase de Griffin.

—Vete tú —dijo ella, cuando él expresó desagrado por el modo en que se iban a desarrollar las cosas—. Pasa una noche de solteros en Boston, y me reuniré contigo en el Cape —Griffin entrecerró los ojos ante aquella proposición. ¿No se necesita a más de uno para pasar una noche de solteros? ¿O Joy había pretendido decirlo en singular, un soltero que celebra su soltería? ¿Era como había entendido ella la frase toda su vida, en singular? La relación de Joy con el idioma inglés no carecía de deslices. Siempre estaba mezclando metáforas, asegurando que algo era «un duro camino por cavar». ¿Surco por arar? ¿Camino por andar? Sus hermanas, Jane y June, eran incluso peores, y cuando las corregían, las tres estrechaban los ojos de modo peligroso e idéntico. Si tuvieran un lema familiar, habría sido: «Tú sabes perfectamente bien lo que quiero decir».

En cualquier caso, la sugerencia de su mujer de que él se fuera sin ella había parecido poco sincera, por lo que él decidió considerarla un farol.

—Muy bien —dijo—, eso haré —esperando que ella respondiera: «Bueno, si eso significa tanto para ti, cambiaré de fecha las citas». Pero Joy no lo había dicho, ni siquiera cuando le vio hacerse la maleta, y por tanto a Griffin le quedó clara una verdad que los demás hombres probablemente ya sabían: que una vez que haces la maleta delante de una mujer no tienes posibilidad de deshacerla, ni de no marcharte y llevarte la maldita maleta contigo.

Peor aún, Joy, que prefería ver películas en DVD más que en un cine, como estaban pensadas para verse, le había dado una lista de las que le prohibía ver sin ella y, claro, eran las únicas que merecían la pena. Griffin pasó una hora mirando la guía de restaurantes que proporcionaba el hotel, pero no pudo decidirse por ninguno, ni

tampoco por la clase de comida que quería. No tenía problemas para tomar ese tipo de decisiones cuando estaba con ella, pero por algún motivo, cuando sólo tenía que seguir sus propios gustos, muchas veces no conseguía aclararse. Se dijo que eso sólo era una consecuencia de llevar casado treinta y cuatro años, que durante el proceso de toma de decisiones estaba pensando parcialmente en lo que le gustaría a su mujer. Vale, pero cada vez se encontraba más indeciso, en mitad de cualquier habitación en la que por algún motivo estuviera, y se daba cuenta de que ésa había sido, claro, la actitud clásica de su padre. Al final Griffin recurrió al servicio de habitaciones y vio una basura de película hecha para la tele, del tipo de las que él y Tommy, su antiguo socio, se habían visto obligados a escribir el último año o par de años en Los Ángeles antes de que él consiguiera su trabajo de profesor y se trasladara de nuevo al Este con Joy y su hija, Laura. Se quedó dormido antes del primer anuncio, seguro de que podría adivinar no sólo el desenlace de la película sino también la mitad de sus diálogos.

Para no insistir en los errores de ayer, hoy decidió ponerse en movimiento encargando al jefe de mozos que le sacase el coche. Veinte minutos más tarde, vestido y duchado, liquidó la cuenta del hotel Back Bay. Boston entero entraba perfectamente en el rectángulo de su espejo retrovisor, y para cuando el puente Sagamore, uno de los que cruzaban el canal de Cape Cod, apareció a lo lejos en el este el cielo era de color plata, y notó que los últimos restos de los fingimientos de ayer empezaban a levantarse, lo mismo que las manchas de niebla que habían ido surgiendo y desapareciendo desde que dejara la ciudad. El Sagamore formaba un arco pintoresco ascendente en su centro, contribuyendo a detener el sol en el horizonte, y aunque el aire era demasiado frío, Griffin se paró en el arcén de la carretera y bajó la capota del coche, sintiéndose por primera vez de verdad sin nada que le

coartara desde que dejó su casa de Connecticut. Había algo emocionante en no estar donde su mujer creía que estaba. A ella le gustaba saber lo que hacía la gente, no sólo lo que hacía él. Llamaba a Laura la mayoría de las mañanas, todavía sin haber despertado del todo, para preguntar:

—Entonces... ¿qué planes tienes para hoy?

También telefoneaba a sus dos hermanas varias veces por semana y se enteraba de que June iría a la peluquería el día siguiente por la mañana y de que Jane había engordado dos kilos y medio y se acababa de poner a régimen. Incluso sabía a qué nueva tontería se dedicaban sus estúpidos hermanos gemelos, Jared y Jason. Para Griffin, hijo único, ese comportamiento estaba en el límite que separaba lo sencillamente inexplicable de lo auténticamente perverso.

Según avanzaba rápido por la Route 6, Griffin se dio cuenta de que estaba tarareando «El mágico verano en la noche», la canción que cantaban sus padres irónicamente —ambos profesores de Literatura en la universidad, que así es como hacían la mayoría de las cosas— cada vez que cruzaban el Sagamore, sustituyendo *la noche* por *el Cape*. Cuando él era pequeño, pasaban parte de todos los veranos en el Cape. Siempre podía decir cómo había ido el año, en lo que se refiere al dinero, por dónde y cuándo se quedaban. Un año especialmente próspero alquilaron una casita en Chatham durante el mes de agosto. Otro año, cuando los sueldos en la facultad se congelaron, lo único que se pudieron permitir fue Sandwich en junio. Sus padres habían estado menos casados uno con el otro que con una sensación compartida de agravio por estar exiliados once meses al año en el «jodido Medio Oeste», una frase que, más que decir, escupían. Habían hecho buenas carreras académicas, aunque quizá no las estelares que se podría haber predicho, dado su pedigrí de las mejores universidades del Este. Los dos se habían cria-

do en el Cinturón de Óxido del oeste del Estado de Nueva York; su madre en una zona residencial de Rochester, su padre en Buffalo, como hijos de familias de clase media baja, oficinistas. En la Universidad de Cornell, donde los dos fueron con beca, no sólo se habían conocido el uno al otro sino también a amigos de los que les invitaban los días libres a sus casas de Wellesley y Westchester y durante las vacaciones de verano a los Hamptons o al Cape. Les dijeron a sus padres que ganarían más dinero allí, lo que era cierto, pero en realidad habrían hecho lo que fuera para no tener que volver a las deprimentes casas familiares en el norte del Estado. En Yale, donde cursaron el doctorado, llegaron a creer que estaban destinados a hacer trabajos de investigación en una u otra de las mejores universidades del Este, al menos hasta que el mercado de profesores se fue al traste y tuvieron que aceptar lo que pudieron —las sobras incluso escasas para una pareja—, y resultó que se trataba de una enorme universidad estatal de Indiana.

Traicionados. Así era como se sentían. ¿Por qué *ir* a Cornell, a Yale, si Indiana era lo que conseguían? Pero tuvieron poca elección a no ser bajar la cabeza y hacer lo mejor con el espantoso tiempo que les esperaba, con que se entregaron a la enseñanza y la investigación y el trabajo de comité, esperando reforzar su currículum para que cuando cambiaran los vientos académicos estuvieran preparados. Temían que los barcos para Princeton y Dartmouth quizá hubieran zarpado para siempre, pero todavía quedaban los Swarthmore y Vassar del mundo como puertos seguros aunque no tremendamente emocionantes. Por lo menos eso se les debía, sin duda. Y antes de ascender y tener un puesto fijo («ascender y tener algo amarrado», en su jerga) en el jodido Medio Oeste, cada uno tuvo sus oportunidades —ella en Amherst, él en Bowdoin— pero nunca juntos. Así que siguieron fijos en sus empleos y su matrimonio, cada uno aterrorizado, sospechaba ahora

Griffin, porque al otro, sin ataduras, le fuera bien y huyera al tipo de puesto académico (¡una cátedra bien dotada!) que completaría la miseria del que quedaba atrás. Para hacer sus desgraciadas circunstancias más tolerables, tenían aventuras sexuales y hacían como que se sentían muy dolidos cuando éstas salían a la luz. Su padre había sido un auténtico adúltero en serie, mientras que su madre sencillamente se negó a quedar a la zaga en eso o en cualquier otra cosa.

Por supuesto todo eso lo entendió de adulto. De chico, al ser testigo, y sin ninguna gana, de las miles de riñas y reproches de sus padres, Griffin había imaginado que debía ser él quien los mantuviese unidos. Fue su madre la que al final lo desengañó de aquella idea tan rara. Lo hizo en su boda y la de Joy, en realidad. Pero para entonces al fin ya se habían divorciado —ni siquiera el rencor, parecía, era eterno—, y ella ganó por muy poco la carrera en lo de volverse a casar. Con un espíritu ecuménico, se aventuró fuera del departamento de Literatura a por su segundo marido, un filósofo que se llamaba Bart, al cual ella apodó enseguida *Bartleby*. En la boda, con unas copas encima, aseguró a Griffin:

—Cielo santo, no, no fuiste *tú*. Lo que nos mantuvo unidos fue «El mágico verano en el Cape». ¿Te acuerdas de que la cantábamos todos los años en el Sagamore? —entonces se volvió hacia Bartleby—. Un mes maravilloso, cada verano —explicó—. Sol. Arena. Agua. Ginebra. Seguido de once meses de castigo —luego de nuevo a Griffin—: Pero es más o menos igual en la mayoría de los matrimonios, ya te enterarás, creo —el «ya te enterarás, creo», para él, pretendía sugerir que, en opinión de su madre, la aritmética de su propio matrimonio probablemente fuera a resultar igual. Durante un momento dio la impresión de que Bartleby fuera a hacer una observación propia, pero al parecer prefirió no pronunciarse, aunque suspiró de modo significativo.

Griffin estaba a punto de responder cuando su padre reapareció con Claudia, antigua alumna suya en los cursos de doctorado y nueva esposa. Desaparecieron unos instantes después de la ceremonia, para reñir o hacer el amor, él no tenía ni idea.

—Juro por Dios —dijo su madre— que si le compra a esa niñata una casa en el Cape (y me refiero a *cualquier sitio* del Cape), le podría matar —la cara se le iluminó ante una idea agradable—. En realidad, tú podrías ser útil —le dijo a Bartleby, luego se volvió de nuevo hacia Griffin—. Tu padastro colecciona novelas de misterio muy morbosas. Muerte con curare, ese tipo de cosas. ¿Serás capaz de imaginar algo, verdad? Sólo para estar segura de que todos me estén viendo en el salón cuando la vaca gorda caiga al suelo, retorciéndose con dolores espantosos —sabía perfectamente, por supuesto, que el padre de Griffin no tenía dinero para comprarle a Claudia (que era más rechoncha que gorda) ni a nadie una casa en el Cape, por supuesto. Se aseguró de ello al haberle dejado sin nada en los acuerdos de divorcio, pero la posibilidad (vamos a ver, ¿no podría ganar el gordo en la lotería?) estaba claro que todavía le preocupaba.

Para Griffin, ahora con cincuenta y siete años, aproximadamente la misma edad de sus padres cuando se casaron él y Joy, los nombres de los sitios del Cape todavía tenían algo de mágico: Falmouth, Woods Hole, Barnstable, Dennis, Orleans, Harwich. Volvían a convertirle en un chaval y le ponían en el asiento de atrás del coche de sus padres, donde pasó gran parte de su infancia, sin cinturón, descansando los brazos en el respaldo de delante, tratando de oír de qué estaban hablando ellos, que nunca hicieron el menor intento por incluirle en sus conversaciones. No era tanto que a él le interesaran las charlas de los asientos de delante como que era consciente de que las decisiones que le afectaban tenían lugar allí, y si estaba al tanto de aquellos planes oscuros él podría

dar una opinión. Por desgracia, el hecho de que su barbi-lla estuviera apoyada en el respaldo del asiento parecía excluir eso. La verdad es que de todos modos la mayor parte de lo que llegaba a oír no merecía el esfuerzo.

—Wellfleet —podía estar diciendo su madre, mientras examinaba atentamente el atlas de carreteras—. ¿Por qué nunca hemos probado con Wellfleet?

Para cuando Griffin iba a primero del instituto, lo que señaló la última de sus vacaciones en el Cape, se limitaban a alquilar una casa donde pudieran. Todos los veranos, cuando devolvían las llaves al final de su estancia, el de la agencia que se la había alquilado preguntaba si querían hacer una reserva para el año siguiente, pero ellos siempre decían que no, lo que hacía que Griffin se preguntara si el lugar perfecto que andaban buscando existía de verdad. A lo mejor, concluía, bastaba con buscarlo.

Mientras él andaba por la playa sin que le prestaran atención, lleno de energía y libertad juvenil, sus padres pasaban tardes al sol tumbados en la arena con sus «placeres culpables», libros de los que admitir haber oído hablar les avergonzaría ante sus colegas. Estaban de vacaciones, aseguraban, no sólo del jodido Medio Oeste sino también del canon literario que habían jurado defender. El gusto de su madre se dirigía a novelas de acción oscura, inquietantes, y cínicas novelas de espías.

—Eso —decía ella, volviendo la última página del libro con evidente satisfacción— era retorcido de verdad.

Su padre alternaba entre la pornografía literaria y P. G. Wodehouse, disfrutando mucho con las dos cosas, como si estuviera previsto que *El almuerzo desnudo* y *¡Muy bien, Jeeves!* fueran elementos de la misma serie.

Lo único que leían los dos —en realidad la estudiaban con tanta intensidad como las ofertas anuales de puestos de trabajo en las universidades— era la guía de propiedades inmobiliarias. Incapaces de dejar que el otro echara una ojeada primero, en cuanto llegaban siem-

pre conseguían dos ejemplares y escribían su nombre en la cubierta para así saber cuál era de cada uno y de quién era culpa si se quedaban sin una. Una casa allí formaba parte de su plan a largo plazo, en dos etapas, para escapar del jodido Medio Oeste. Primero encontrarían unos empleos como Dios manda en el Este, donde buscarían un apartamento de alquiler adecuado. Eso les permitiría ahorrar dinero para una casa en el Cape, donde pasarían los veranos y las vacaciones y algún fin de semana largo ocasional, hasta que, claro, se jubilaran —anticipadamente si se lo podían permitir— y vivieran allí todo el tiempo, leyendo y escribiendo artículos de opinión para los periódicos y, quién sabe, quizá hasta tratando de ponerse con una novela.

Por lo general a cada uno de ellos le llevaba un día entero recorrer los centenares de ofertas de la gruesa guía inmobiliaria y situar cada una en una de dos categorías —«Fuera de sus posibilidades» o «Ni regalada la querían»—, antes de dejar a un lado el folleto con mal humor, porque aquel año todo estaba más caro que el anterior. Pero al mismo día siguiente su padre dejaba a un lado a Jeeves y echaba otro vistazo.

—Página veintisiete —decía, y la madre de Griffin abandonaba su Ripley y rebuscaba en su ejemplar del bolso de playa—. Ten paciencia conmigo ahora —continuaba. O—: Algunas cosas tendrían que ir bien —refiriéndose a un aumento de méritos o un nuevo contrato para un libro con una editorial universitaria—, pero... —y entonces explicaba por qué un par de ofertas que habían desechado rápidamente el día anterior a lo mejor podrían servir. Avanzado el mes, un día lluvioso, incluso llegaban a ir a ver una casa o dos del extremo más bajo de la categoría de «Fuera de sus posibilidades», pero los agentes inmobiliarios siempre intuían con una mirada que los padres de Griffin sólo eran unos mirones que nunca se decidían. La casa que querían estaba situada en

un futuro que sólo ellos podían ver. Su padre estaba orgulloso de señalar que, para ser personas que trataban en gran parte con sueños, los agentes inmobiliarios eran de una clase sorprendentemente poco romántica, como los que juegan contando las cartas que salen en un casino de Las Vegas.

El viaje de regreso al jodido Medio Oeste siempre era brutal, sus padres apenas se hablaban, como si de pronto recordaran las infidelidades del último curso, o quizá consideraran a quién se ligarían aquel año. El sexo, en lo que se refería a los padres de Griffin, ocupaba en la escala de las pasiones sin duda un lugar secundario con respecto a los bienes inmobiliarios.

Lo que haría, decidió Griffin, sería tomar la Route 6 directamente hasta Provincetown, desayunar a última hora allí, luego volver al Cape por la hortería y vieja 28. Se preguntaba si todavía estaría bordeada de mercadillos, como cuando él era niño. Su padre, un ávido coleccionista de objetos políticos efímeros y un declarado demócrata, nunca podía pasar sin detenerse para estar seguro de que no había una chapa antigua de la campaña de Wendell Willkie de la que su dueño no supiera el valor en el fondo de una caja de cartón. Los artefactos republicanos eran otro de sus placeres culpables.

—Todos los placeres de tu padre son culpables —afirmaba su madre—, y merecen serlo.

Claro que la Route 28 resultaría el doble de larga, pero no había prisa. Joy no llegaría hasta por la tarde, probablemente a última hora, y cuanto antes se detuviera en el hostel donde ella había reservado habitación para la boda, antes se sentiría obligado a abrir el maletero del descapotable, que contenía, además de su bolsa de viaje y su abultada cartera, la urna con las cenizas de su padre, que se había comprometido a dispersar el fin de semana. No estaba seguro de que deshacerse de un académico in-

cinerado del Medio Oeste en las aguas de Massachusetts fuera completamente legal, y habría preferido que Joy estuviera allí para darle apoyo moral (y como testigo). Con todo, si por casualidad encontraba un sitio tranquilo, sereno, desierto, podría limitarse a cumplir con su obligación él solo. Coño, a lo mejor también se deshacía de los trabajos de los estudiantes, una idea que le hizo sonreír.

El monumento a los Peregrinos acababa de aparecer en el horizonte cuando su teléfono móvil vibró en el sujetavaso, y se detuvo para contestar. En los últimos nueve meses, desde la muerte de su padre, había tenido varios choques sin importancia pero caros, de modo que aquello parecía más seguro que hablar y conducir al mismo tiempo, aunque el arcén no era tan ancho como esperaba. Pasó un camión rugiendo, demasiado cerca para estar cómodo, pero no venía nadie más. Debía hacerlo con rapidez.

Supuso que quien llamaba, a aquella hora, tenía que ser Joy, pero no era.

—¿Dónde estás? —quería saber su madre. Últimamente ni siquiera se molestaba en decir hola o identificarse. En opinión de ella, él ya sabía quién era, y gracias a su tono de introducción, perpetuamente aburrido y atravesado, por lo general lo sabía.

—Mamá —dijo, sin demasiadas ganas de dejar constancia de su paradero actual—. Justo estaba pensando en ti —una gaviota solitaria, puede que decidiendo que él se había detenido a comer algo sabroso, revoloteó directamente por encima del coche y lanzó un agudo graznido—. En ti y en papá, en realidad.

—Ah —dijo ella—. En él.

—¿Es que no puedo pensar en papá?

—Piensa en quien te parezca —dijo ella—. ¿Cuándo me he metido en lo que piensas? Puede que tu padre y yo no estuviéramos de acuerdo en muchas cosas,

pero respetábamos tu intimidad intelectual y emocional.

Griffin soltó un suspiro. En cualquier caso, hasta sus comentarios más comedidos encendían a su madre, y una vez que estaba lanzada lo mejor era dejar que terminase. Su respeto por la intimidad de él había sido, lo sabía demasiado bien, en gran parte desinterés, pero no merecía la pena discutir aquello.

—Yo tengo mis propios pensamientos, muchas gracias —continuó ella, lo que implicaba, a no ser que Griffin se equivocara, que él tampoco querría saber cuáles eran—. Y son completos y suficientes. No consigo imaginar por qué tu padre debería ocupar los tuyos, pero si lo hace, no me voy a meter.

La gaviota que hacía círculos volvió a graznar, esta vez incluso más fuerte, y Griffin tapó brevemente el teléfono con la mano.

—¿Llamas por algo, mamá?

Pero ella debía de haber oído a aquel pájaro idiota, porque dijo, con una voz llena de resentimiento y acusación:

—¿Estás en el Cape?

—Sí, mamá —reconoció él—. Mañana asistiremos a una boda aquí. ¿Debería haberte avisado? ¿Pedir permiso?

—¿Dónde? —preguntó ella—. ¿En qué parte?

—Cerca de Falmouth —le alegró informar. La parte alta del Cape, en opinión de ella, sólo era para personas que no conocían nada mejor. Uno podría vivir también en Buzzards Bay, conducir karts, jugar al mini-golf, tomar sopa de almejas espesada con harina, llevar una gorra de los Red Sox.

—El matrimonio —soltó desdeñosa ella, aparentemente enterándose ahora de lo que le había dicho—. Valiente locura.

—Tú te has casado dos veces, mamá.

Cuando Bartleby murió varios años atrás, ella esperó que sacaría algo, por lo menos lo suficiente para comprarse una casa de campo pequeña cerca de uno de los Dennis, quizá. Pero un fideicomiso irrevocable dejó que sus rapaces hijos se quedarán con todo, y no se habían arrepentido de su avaricia. «Tú has hecho que los últimos años de vida de nuestro padre fueran un infierno», se había atrevido a decir uno de ellos. «¿Has oído alguna vez algo más absurdo? —le preguntó ella a Griffin—. ¿Es que ellos no conocían a ese hombre? ¿Podían imaginar que iba a ser feliz alguna vez? ¿Hubo alguna vez un filósofo que no fuera taciturno y depresivo?».

—La novia es Kelsey —le contó ahora Griffin—. De Los Ángeles. ¿Te acuerdas?

—¿Por qué iba a conocer yo a tus amigos de California? —aquella no era una pregunta inocente. Aunque ella no lo admitiese, su madre todavía estaba resentida por los años que él y Joy, y luego Laura, habían pasado en el Oeste, fuera de su órbita. Y siempre consideró que el que trabajara de guionista era una traición a su herencia genética.

—No amiga nuestra. De Laura —aunque era perfectamente posible, ahora que pensaba en ello, que nunca se hubieran conocido. La política de Griffin siempre había sido no imponer a sus padres a su mujer e hija, que en realidad sólo conoció a su abuela después de que se trasladaran al Este.

—¿Cómo lo encuentras?

—¿Cómo encuentro qué?

—El Cape. Me acabas de decir que estabas en el Cape, así que te estoy preguntando que cómo lo encuentras.

—Como siempre, supongo —dijo él, nada dispuesto a confesar que el corazón le había empezado a latir muy deprisa en el puente Sagamore; que todavía le gustaba algo que a ella y a su odiado marido también les gustaba mucho.

—Dicen que ahora está lleno de gente. Supongo que nosotros tuvimos lo mejor. Tú, yo y el hombre que ocupa tus pensamientos.

—Vamos a ver, ¿para qué llamabas, mamá?

—Muy bien —dijo ella—. Cambia de tema. Necesito que me traigas unos libros, te mandaré los títulos por e-mail. Supongo que me harás una visita en algún momento. ¿O ya te he visto por última vez?

—¿Son libros que seré capaz de encontrar? Por ejemplo, ¿aún están en catálogo, o es otro encargo estúpido más que me encomiendas? —desde la muerte de Bartleby, Griffin se había convertido en el hombre de la vida de su madre, y a ella nada le encantaba más que encargarle esas tareas imposibles, especialmente de tipo académico, lo que habría sido fácil si él hubiera hecho con su vida lo que pretendía ella y no lo que prefirió hacer él.

—Que no puedas encontrar lo que te pido no significa que se trate de un encargo estúpido. Perteneces a una generación que nunca aprendió las reglas básicas de la investigación, que ni siquiera se las arregla con un catálogo en fichas.

—De éstos ya no existen —dijo él, por el placer de oírla estremecerse.

Lo que ella le negó.

—Tú crees que teclear una palabra en Google y apretar *buscar* es lo mismo que investigar.

Había cierta verdad en eso, lo tenía que admitir. En su época de guionista siempre delegaba de buena gana la investigación en Tommy, que era auténticamente curioso aunque se distrajera con facilidad. Enfrentado a su propia ignorancia, Griffin prefería inventar algo y seguir adelante, mientras que su socio, no sin razón, prefería asegurarse de que su narración tenía una base sólida, se atenía a los hechos. «Sabes que cuando las cámaras ruedan van a enfocar algo del mundo real, ¿no?», pregunta-

ba. A lo que Griffin respondía que las cámaras nunca se pondrían a rodar si ellos seguían atascados con los antecedentes.

—Las cosas que necesito están todas en Sterling —continuó ahora su madre—. Todavía tengo ciertos privilegios allí, ¿sabes?

Era perfectamente posible, sabía Griffin, que aquél fuera el auténtico motivo de la llamada: recordarle quién era ella, quién había sido, que todavía tenía ciertos privilegios en la biblioteca de Yale. En realidad, podría ser que no necesitara ningún libro.

—Hay algunos artículos de revistas también. Ésos puedes limitarte a fotocopiarlos. La biblioteca ofrece ese servicio, pero sería más barato que lo hicieras tú. No nado en dinero, como sabes.

Como él tenía excelentes motivos para saber. La pensión por jubilación para profesores de ella y su retiro de la universidad cubrían una buena porción de su residencia, pero Griffin pagaba lo que faltaba.

—Puedes traerlos cuando pases por aquí. ¿Estamos hablando de junio, para esa visita inminente? —preguntó ella. Y estaba claro que mejor sería.

—Puedo acercarme un par de días a final de mes, si me necesitas.

—¿Hasta entonces no?

—Todavía no he terminado con mis exámenes finales. Tengo el maletero del coche lleno de trabajos de los estudiantes —*por no mencionar las cenizas de papá*, casi añadió.

—¿Los lees de verdad?

—¿No lees tú los tuyos?

—No teníamos trabajos de éstos, tu padre y yo —le recordó ella—. Hacíamos exámenes. Nuestros alumnos los escribían con notas a pie de página. Dábamos cursos de verdad con contenidos de verdad —su radar metafórico también apuntaba, en otras palabras, a algo que en

realidad existió—. Lecturas recomendadas. Rigor, se le llamaba.

Un coche hizo sonar el claxon, su sonido con efecto Doppler fue lo bastante fuerte para sobresaltarle.

—¿Estás segura de que seré capaz de hacer las fotocopias? ¿Y si lo jodo todo?

—¿Así que estabas pensando... en tu padre y en mí?

Durante un momento Griffin consideró decirle que tenía miedo de estar convirtiéndose en su padre, que a eso se podían deber sus recientes ataques de indecisión, por no mencionar los choques en coche. Pero claro, eso haría que su madre se enfadase, y prolongaría la conversación si él sugería que se parecía más a su padre que a ella.

—Creía que no querías entrometerte, mamá. ¿No es eso lo que dijiste, que mis pensamientos me pertenecían?

—Te pertenecen, claro. Con todo, como favor personal, ¿no podrías arreglártelas para pensar en tu padre y en mí por separado?

—Estaba recordando lo contentos que os poníais los dos en el puente Sagamore, en cómo cantabais «El mágico verano en el Cape» —y en lo mal que os sentíais los dos en el mismo punto al ir en dirección contraria—. Como si la felicidad estuviera en un sitio.

Pero a ella no le interesaba aquel recorrido concreto por los caminos de la memoria.

—Hablando de sitios nada felices, cuando vengas, quiero que te fijes en este nuevo en el que estoy —su tercera residencia en otros tantos años. La primera tenía relación con la universidad y estaba llena de las mismas personas de las que ella había tratado de huir. La segunda era el hogar de mujeres de granjeros del jodido Medio Oeste que leían a Agatha Christie y no conseguían entender que ella torciera la nariz ante los libros de Miss Marple que le

recomendaban, diciendo: «Le gustará éste. ¡Es estupendo!».

—Me refiero a que la tienes que ver de verdad —continuó su madre—. Desde luego no es lo que imaginábamos.

—¿Y qué imaginábamos, mamá?

—Un sitio agradable —dijo ella—. Imaginábamos que sería agradable.

Luego ella se había ido, la comunicación se cortó. Toda la conversación había sido, él lo sabía por experiencia, un disparo de advertencia a su proa. Y su madre se mostraba, a su modo, considerada. Nunca le daba la lata durante el último mes del semestre. Toda una vida dando clases le había enseñado cómo eran aquellas semanas finales y le concedía permiso. Pero después de eso, la suerte estaba echada. El momento en que llamó hoy sugería que había entrado en la página web de la universidad de él y sabía que había tenido su última clase. Incluso Griffin había sido consciente de que era un error regalarle un portátil por su cumpleaños mientras lo compraba, pero en su residencia anterior la habían acusado de monopolizar el ordenador de la sala de uso común. También de monopolizar las atenciones de los pocos viejos que había, una acusación que ella rechazó.

«Míralos —gruñó—. No hay Viagra suficiente en todo Canadá».

Aunque admitió, como si se adelantara a resumir el implacable interrogatorio al respecto, que había más sexo en esas residencias para ancianos de lo que uno podría imaginar. Mucho más.

Griffin supuso que era posible que su madre necesitara de verdad esos libros de Sterling. A los ochenta y cinco años, aunque físicamente no estuviera bien, mentalmente todavía funcionaba a la perfección y aseguraba que estaba investigando sobre un libro de una de las Brontë («Te acuerdas de los libros, ¿verdad? ¿Objetos en-

cuadernados? ¿Muchas, muchísimas páginas? ¿Impresos hasta el borde de los márgenes?»). Pero tomó nota mental para comprobar la lista y asegurarse de que no los podría encontrar en la biblioteca de su propia universidad.

Cuando un tráiler pasó rugiendo, notó un olor repugnante y se preguntó qué demonios de carga llevaría el camionero. Sólo cuando hizo girar la llave de contacto vio la viscosa mancha blanca en la manga de su camisa. ¡La gaviota le había cagado!

Su madre le había convertido en un blanco inmóvil, y aquél era el resultado.